

PERIODISMO Y DEMOCRACIA

**Discursos y conferencias pronunciados en el Seminario
Internacional sobre Periodismo y Estabilidad
Democrática en América Latina, realizado en
Quito, del 7 al 9 de noviembre de 1988.**

CIESPAL FES ILDIS UNP

CONTENIDO

Introducción. <i>Peter Schenkel</i>	5
Carta del Director General de CIESPAL doctor Luis E. Proaño al Director Ejecutivo de Fundación Friedrich Ebert, doctor Ernest Kerbusch	13
Carta del Director Ejecutivo de Fundación Friedrich Ebert, doctor Ernest Kerbusch al Director General de CIESPAL, doctor Luis E. Proaño	15
Carta de Quito	17
Discurso pronunciado por el doctor Rodrigo Borja Cevallos Presidente Constitucional del Ecuador en la sesión de clausura del Seminario	21
Discurso pronunciado por el doctor Ernest Kerbusch en la sesión inaugural	27
Discurso pronunciado por el Presidente de la Unión Nacional de Periodistas Lcdo. Edgar Jaramillo, en la sesión de clausura	32
CONFERENCIAS	
Gobierno y libertad de expresión. <i>Luis E. Proaño</i>	39
Democracia, Eficiencia Gubernamental y Crítica Periodística. <i>Luis E. Proaño</i>	45
La Democracia Latinoamericana: frente a nuevos retos. <i>Luis Maira</i>	52

Los periodistas y la Democracia: Nuevos Desafíos. <i>Carlos Campolongo</i>	73
Organismos de Información Pública y Estabilidad Democrática. <i>Gonzalo Ortiz Crespo</i>	83
El Periodismo y la Estabilidad Democrática: La Visión del Periodista. <i>Roberto Savio</i>	93
El Periodismo y la Estabilidad Democrática: La Visión del Periodista. <i>Carlos Mesa</i>	104
Información Pública y Políticas Gubernamentales. <i>Alejandro Alfonzo</i>	123
Los Medios Privados de Comunicación frente a la Información Pública. <i>Emilio Filippi</i>	134

CONFERENCIAS

GOBIERNO Y LIBERTAD DE EXPRESION

Luis. E. Proaño
Director General de CIESPAL

Desde que John Milton se empeñó en persuadir a sus orgullosos y autosuficientes contemporáneos que aceptaran la libertad, sus palabras siguen martillando el oído de sucesivas generaciones porque la tentación de suprimirla surge intermitentemente.

Cada hombre en particular, como en los tiempos de Milton, está convencido que se le puede confiar el derecho de conocerlo todo, leerlo todo, decirlo todo, pero, lo que exige para sí, se torna turbio cuando es el otro, ideológicamente diferente, quien debe gozar de idéntico derecho.

En este momento de la historia latinoamericana, un creciente número de personas cree en la libertad para sí y en la supresión de ella para los otros. Y así el problema como en los remotos tiempos de Milton permanece el mismo: ¿Quién es el que debe decidir quién está capacitado para la libertad y, en consecuencia, a quién se le debe otorgar ese derecho?

En todos los continentes, hay hombres y mujeres que están repensando los principios por los cuales la humanidad puede vivir en armonía con los demás seres humanos. Si nosotros en América Latina tenemos la libertad que gozamos, se debe, a que en diferentes tiempos y en diferentes lugares, existieron extraordinarios seres humanos que apasionadamente se esforzaron en escribir y decir lo que pensaban. No les importó el riesgo que corrían a cambio de expresar lo que les pareció que debía ser conocido con urgencia.

Si no hubiéramos heredado la libertad, ¿pensaríamos ahora que era necesario el conquistarla o estaríamos de acuerdo en que la libertad fue un atractivo engaño, demasiado peligroso para ser instaurado en momentos de tanta inestabilidad política y social?

Los medios de comunicación en América Latina no son ni mejores ni peores que otras instituciones de nuestra democracia.

La libertad de prensa fue establecida porque la censura fue inaceptable para los ideales y principios de los hombres que iniciaron y dieron forma a nuestra historia.

Pero en una democracia, la libertad de expresión no es permitida únicamente a los buenos ciudadanos, a los sabios o a los de gusto refinado. La libertad es patrimonio de todos, de aquellos de nobles como de bajos principios o aquellos que no poseen ninguno. La libertad de expresión lleva implícito el derecho de abusar de ella y sus más agregios defensores sufrieron los golpes de quienes la usaron con villanía.

Jefferson había escrito a Edward Carrington: "Siendo la base de nuestro Gobierno la opinión del pueblo... Si se me dejara a mí decidir, si es que deberíamos tener un gobierno sin periódicos o periódicos sin gobierno, no dudaría un momento en preferir lo último".

Más tarde, Jefferson era acusado por James Thompson Callender y otros periodistas, de cobardía, de haberse apropiado del dinero público, de ser ateo y enemigo de la religión, de mantener ilícitas relaciones sexuales con sus esclavas negras.

Lo que tuvo que sufrir no le estimuló a admirar a esos periodistas, pero no disminuyó su fe en la necesidad de una libertad ilimitada de la prensa.

La libertad no es pertenencia exclusiva del buen ciudadano y del discreto. Cuando se convierte en la recompensa del mérito, de la virtud, de la verdad o de la benevolencia, deja de ser libertad.

Pero es también verdad, como lo prueba nuestra historia latinoamericana, que solamente aquellos países que han sido capaces de ejercer la libertad con un sentido de responsabilidad frente a las exigencias del bien común, han sido los que por más largo tiempo la han conservado.

Todos nosotros creemos en la libertad porque estamos conven-

cidos que el pueblo es soberano y el que decide el rumbo de su destino. El gobernante, es el servidor de los intereses del pueblo y como tal puede ser llamado a rendir cuentas de su gestión. La libertad de expresión, la libertad de prensa, es el medio adecuado para hacerlo y en consecuencia es inalienable.

Si nos hemos congregado para dilucidar cómo lograr la estabilidad democrática es porque estamos conscientes que la muerte de la democracia significa la suspensión de nuestra libertad. Y como no aceptamos este intolerable desenlace pero somos conscientes de un eventual peligro, queremos avizorar sus amenazas y esclarecer la relación entre el periodismo consciente de su libertad y el gobierno que a ella debe responder.

En 1936, Walter Lippmann, al comentar el juicio de Bruno Richard Hauptmann, acusado del secuestro y muerte del pequeño hijo de Lindbergh, decía que "había dos procesos de justicia, el uno oficial y el otro popular. Ambos se llevaban paralelamente; el uno en la corte y el otro en la prensa, la radio, el cine y los mítines públicos. Decía además que había dos procesos criminales, dos veredictos, el popular y el oficial y que ambos se confundían en la mente popular".

La pregunta para nosotros no es tanto si hay o no dos sistemas legales, sino si en nuestros países hay dos gobiernos.

¿Tenemos un gobierno oficial y otro gobierno que existe solo en la mente popular implantado por los medios de comunicación?

No se puede negar que el conocimiento que del gobierno tienen los ciudadanos no es adquirido por la experiencia y observación personal sino a través de los medios que establecen la agenda del interés público.

Se podría esperar que la especialidad de los medios ayudara a conformar una más realística imagen del gobierno: La radio y la televisión situando con rapidez el evento; los periódicos contextualizándolo y las revistas y libros penetrando la noticia en profundidad. Pero en cualquier caso la imagen final dependerá del concepto periodístico de lo que es noticia, de la estructura y objetivos de los diferentes medios y de las limitaciones humanas de los reporteros, cro-

nistas y columnistas y la importancia que decidan dar al presidente, a los líderes del congreso, a diferentes ministros y a funcionarios de menor rango.

Debe sin embargo notarse que la diferencia entre el gobierno real y la imagen que de él proyectan los medios se inicia con la acción deliberada de sus personeros de comunicación que insertan elementos cuidadosamente elegidos para lograr la imagen que desean crear.

La tarea no es fácil. Los periodistas, en América Latina, como reacción al manejo de la noticia de los regímenes dictatoriales, son cada vez más sospechosos de los anuncios oficiales, más agresivos en las preguntas y más especializados para hacerlas.

Debemos reconocer sin ambages que el conocimiento público del gobierno se fundamenta en información de segunda mano. La inmensa mayoría de los ciudadanos no conocen al Presidente personalmente, ni a los senadores y ni siquiera su Alcalde. No participan decisoriamente en las crisis ni en los consejos de Gabinete, en los que se establecen las políticas y se esclarecen los problemas. Lo que conocen en el área nacional o local depende de la información de los medios.

La psicología social ha demostrado hasta la saciedad que los medios de comunicación, manejados por hombres que poseen su peculiar modo de mirar al mundo, ideologías, prejuicios, valores y estereotipos propios, no captan la realidad como un espejo sino que la interpretan y descomponen como lo hace el prisma con la luz.

El primer paso para reducir la distorsión entre realidad e imagen, entre el gobierno real y el interpretado, es el estar consciente de la diferencia y establecer políticas de corrección.

Una de las acusaciones más insistentemente repetidas por los líderes políticos latinoamericanos es la de una inexplicable ambivalencia de los medios de comunicación: Proceden con insuperable cautela y prudencia cuando se encuentran bajo el dominio de las dictaduras y se revisten de implacable sentido de justicia y tesonera denuncia cuando se instauran los gobiernos democráticos.

Se ha criticado también la tendencia del periodismo actual a cargar el acento en la crítica personal y no en las políticas gubernamentales, alejándose así de las materias de tangible consecuencia para dedicarse a escarbar menudencias de moralidad personal de discutible relevancia y de magro interés colectivo.

La preocupación del periodista, dicen, debe centrarse en corregir errores más que en humillar, abochornar y castigar a los que los han cometido porque de otra manera se corre el peligro de crear una generalizada atmósfera de suspicacia y hostilidad que impide la realización de una seria labor administrativa, porque se implanta en la conciencia pública la idea que los desaciertos son siempre el fruto de premeditada malevolencia y no simples limitaciones de juicio de los gobernantes.

Los periodistas haríamos bien en reconsiderar nuestras prioridades. Quizás sea la hora de meditar en si estamos o no conduciendo nuestra profesión como autos-sacramentales de la inquisición. En una democracia debemos empeñarnos en pensar que los gobernantes no son objeto de adulación ni envilecimiento, sino servidores públicos que deben ser estimulados o censurados, relevados o ratificados de acuerdo con la competencia que manifiesten en el desempeño de su trabajo. La desilusión excesiva de nuestros líderes no es sino el otro lado de la medalla del culto servil a la personalidad. Si comenzamos por pensar en que nuestros presidentes no son semidioses, sus errores y aun sus transgresiones no nos precipitarán en la desesperanza.

Esto no significa, desde luego, que el carácter moral de los estadistas sea irrelevante sino que sus cualidades personales, en tanto deben ser tomadas en cuenta, en cuanto tienen que ver con el desempeño de sus funciones de servidores públicos.

Nuestros presidentes latinoamericanos no son ni santos ni demonios. Su puesto se encuentra en algún lugar de ese gran continuo que se extiende entre los extremos de la excelencia e incapacidad, como el puesto del resto de nosotros.

Una sociedad mantiene la libertad en tanto en cuanto sus ciudadanos saben ejercerla con cordura. Este principio se aplica tam-

bién al periodismo y con especial exigencia, porque su poder está exento de toda restricción, como no sea la que quiera imponerse a sí mismo.

Nuestra imperativa necesidad es la de la autocrítica y apertura a la crítica que recibamos. Los periodistas llevamos a cuestras la grave responsabilidad de mantener a los gobernantes honestos y eficientes pero con igual exigencia debemos esforzarnos en ser insobornables y justos.

Debemos despojarnos del complejo de Casandra. En general planteamos demasiados problemas y sugerimos escasas soluciones. Sacamos a la luz pública pequeñas maquinaciones politiqueras e ignoramos frecuentemente los enormes problemas que afligen a nuestro continente.

Al daros la bienvenida me he atrevido a insistir más en las sombras que se acumulan sobre el ejercicio de nuestra noble profesión porque estoy convencido que sí nos hemos reunido salvando inmensas distancias no es para entablar un diálogo de alabanzas mutuas sino para hundir el bisturí en lo que nos preocupa.